

La Lucha

Aparece los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Suscripción anual, 5 ptas.—Paqueteros, 10 ctms. ejemplar.—Pago adelantado, 8 ctms. ejemplar.
América y Portugal, suscripción anual, 6'50 ptas.—Número suelto, 20 ctms.—Paqueteros, 15 ctms. ejemplar. Pago adelantado, 12 ctms.
Demás países, suscripción anual, 8'50 ptas.—Número suelto, 25 ctms.—Paqueteros, 18 ctms. ejemplar. Pago adelantado, 15 ctms.

Publicación Cultural, Progresista, Regeneradora, Idista y de Crítica Religiosa.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cra. Barcelona, 48.

Precio, 15 ctms.

SED AUDACES

La filosofía habla sólo al entendimiento, y el hombre, que también tiene corazón, necesita que se le hable igualmente a la sensibilidad.

No presentéis nunca nada hermoso al descarnado personalismo; no ensalcéis la igualdad ni la nivelación con los protervos, ni pintéis agradable a las generaciones que se arrodillan ante el becerro de oro, ni lisonjeéis las preocupaciones de una época dibujando a un cometa que da reinos.

El insomnio de ojos desencajados, el remordimiento escondiéndose en los abismos, la maldad suicidándose... estos sean los asuntos de la estatuaría sublime que transforme los sentimientos de vuestros contemporáneos.

La esclavitud del hierro y del acero, la dominación del espacio, la supresión del tiempo, la anulación del dolor, la distribución de los frutos del planeta, el aumento de la luz en oprimidas multitudes, su emancipación por el trabajo, su bienestar por la riqueza y su felicidad por la creación de esos medios no encontrados todavía, pero que se hallarán para realizar los fines de la vida y las aspiraciones del sér... estos sean los ideales generosos que transformen a los hoy miserables pueblos de la tierra en la solidaria Humanidad del porvenir.

Sí. Encaminados a la Humanidad, no a los hombres, y las obras de vuestra imaginación que ejecutaren vuestras manos e hicieren científicas vuestro entendimiento, vivirán más que vosotros.

«Ite audace».

Las glorias de la tierra serán para vosotros.

EDUARDO BENOT.

En plena Batalla Electoral

Todo el que no esté cegado por una pasión insana y suicida, convendrá en que la perspectiva que ofrece Cataluña en las horas históricas que transcurren no puede ser más desconsoladora.

La marea electoral se muestra cada vez más irritada y procelosa. Sólo se observa que se lucha por odio, haciendo caso omiso de los ideales. Sólo se divisan puños crispados, en ningún rostro se vislumbra la serenidad, que debiera ser siempre característica en los seres racionales. No hay otro argumento de lucha que el insulto grosero y el denuesto procaz, por lo que estas elecciones nos resultan una gran inmoralidad, puesto que todos los bandos contendientes tienen empeño en que la moral del sufragio ruede por los suelos; se lanzan unos contra otros los proyectiles más indignos y cada uno de los contrincantes hecha mano de los términos más infamantes, y la lucha ciudadana, que debiera distinguirse por su ponderación y ecuanimidad, resulta una escandalosa pelea de meretrices. El más eres tú y la infamia mutua es lo que se destaca. No se da tregua ni sosiego a la injuria. Contemplando espectáculo tan poco edificante, nos hacemos la ilusión de que asistimos a la Derrota de los Pedantes, tan magistralmente descrita por el eximio Larra, y nos decimos que, salga quien salga triunfante de las urnas, son de augurar días muy negros y angustiosos para Cataluña.

Nada noble se ve en la superficie de la pugna; sólo vemos en ella ambiciones bastardas y orgullosos protervos. Decididamente, el Estatuto ha venido a ser para Cataluña la maldita Caja de Pandora que nos lleva en infernal galope hacia el abismo y a la total ruina.

Por muchos años, sino viene una rectificación de procedimientos y de intenciones, que no creemos probable; sino viene el aniquilamiento de la fracción política, cuyo endiosamiento ha conducido a nuestra querida región al peligroso plano en que se encuentra, en Cataluña no habrá tranquilidad, paz ni sosiego, sin cuyos postulados no hay prosperidad posible.

Los españoles no catalanes residentes en Cataluña, que tantas pruebas de amor y afecto tienen dadas a la misma, comprendiéndola

gravedad de su situación, si el triunfo catalanista no es neutralizado por otra fuerza que sienta amor a España, se aprestan a la defensa formando un frente único contra las versátiles intenciones de los actuales dueños del cotarro catalán, votando a quienes los defenderán del fanatismo separatista, pidiendo, si es necesario, para castigar su intolerancia, la solidaridad de sus hermanos del resto de España. ¿Comprenden los hombres de juicio recto la gravedad que tal actitud entraña? Los no nacidos en Cataluña, que forman legión, sienten una justificada intranquilidad, ante los abruptos de los extremistas fanáticos, pues no hay derecho que, después de haber contribuido al acrecentamiento de la riqueza catalana, pase por la mente de algunos la idea de expulsarlos, como hicieron los malhadados Reyes Católicos con los judíos y los árabes, acto que tan desastrosas consecuencias ocasionó al porvenir de España.

¿Por qué tal ojeriza y animadversión contra los que no han nacido en tierras catalanas, si, al fin y al cabo, tienen, como españoles, el mismo derecho de habitarlas que nosotros?

Un insigne repúblico ha dicho que hay que evitar que el Estatuto caiga en manos que la República tenga que sentir remordimiento de haberlo otorgado, palabras a las que nosotros les concedemos una trascendencia incalculable, pues prevemos que el Estatuto, en manos de ciertas camarillas, va a dar a los problemas de la vida catalana un cariz pavoroso, ya que sólo va a servir de escabel a bastardas ambiciones, precipitando a Cataluña a su más negra ruina.

Hay un partido político catalán que repudia a todo partido republicano que no tenga su central en Cataluña; pero este partido tiene el cinismo de pretender formar parte de la Federación de Izquierdas que se proyecta en España. ¿Dónde está la consecuencia? Este partido es el que, según la prensa diaria, tiene mil doscientos hombres armados para apoderarse de los destinos de nuestra tierra, ciscándose en todas las disposiciones legales. Estamos, pues, en manos del matonismo, en manos de una cáfila a la que todo lo que le falta de inteligente le sobra de desvergonzada.

Ante tal perspectiva, la miseria, la desconfianza económica y la ruina se ciernen amenazadoras sobre nuestra tierra, por culpa de unos entes atacados de vesania, verdaderos energúmenos de la demagogia, que, para llegar a su meta suicida, recurren a los procedimientos más asquerosos, a los trucos más inverosímiles, importándoles un bledo la consecuencia. Hacen promesas ridículas, hechas desde el campo de la República, empleadas para cazar a las candidas alondras campesinas.

¡Qué lucha estamos presenciando, amigos! Todos los pestilentes lodos de los bajos fondos sociales salen a la superficie. Todo es ficción. Nada de lo que se dice se siente ni se cree. Los contendientes, recíprocamente, se declaran incompetentes e inmorales.

Todo es torpe egoísmo, todo es insana ambición, todo es falta de lealtad, todo es concupiscencia y brutalidad; pero, en medio de tanta podredumbre y miseria, no deja de destacarse, en los que pretenden apoderarse de los destinos de Cataluña, su mal disimulado separatismo y su odio a todo lo que no huele a catalán, lo que muchas veces ostentan con el mayor descaro.

¿Continuará tan dolorosa situación? Es probable, mas también cabe esperar que el daño no será eterno.

No hay mal que cien años dure.

TÁNTALO.

ME ACONSEJAS...

Me aconsejas que pida una subvención al parlamento. No lo haré. Creo que mi nueva obra no será del agrado de nuestros diputados; pero esta consideración no me hará borrar ni una coma... No me importa el gusto de esos hombres de sentimientos tan mezquinos. Antes que renunciar a esta sinceridad, preferiría mendigar toda mi vida. Sin ella, mi obra sería una mentira, y de ese artículo ya se produce de sobra en nuestro país.

IBSEN.

El Vil Delator

Nada repugna tanto al español, si es español verdadero, cuanto la traición, la delación, la soplonería. Llena está la literatura clásica de invectivas y burlas, contra los soplones. De niños, se abomina en la escuela del acusón, a quién el maestro desprecia, si es digno de la función excelsa que desempeña y no la toma por el sueldo como un destino cualquiera que dé para vivir.

Los objetivos vil, infame, buscan, como la piedra al imán, el vocablo delator. Siempre inspiraron asco.

A este propósito viene que ni de molde un recuerdo histórico de «El Imparcial» poco conocido. Lo tomo de la sección de efemérides titulada «Hoy hace sesenta años», que leo con interés y agrado, anteponiendo su lectura a casi todos los hechos y dichos del día que, a no ser catástrofes, suelen ser menos actuales.

De «El Imparcial», que a su vez lo reprodució de «El Imparcial» de 4 octubre de 1868, copio la anécdota:

«González Bravo, con todos los gobernantes absolutistas, daba mucho crédito a la delación y a la chismografía; la gente que a este repugnante menester se dedicaba, unos a cambio de dinero, otros por lograr influencia y favor y los más por adulación e instintos bajos, no pertenecían a humildes clases sociales; había espías en el Ejército, en el pueblo, en la clerecía y hasta en los Tribunales; el sistema era sencillo: los chismosos hablaban mal del Gobierno, y, si el incauto a quien se dirigían lo defendía con fijeza o se manifestaba conforme, ya tenía suficiente. El destierro, la prisión, si era paisano, o el traslado y el reemplazo, si militar, no se hacía esperar. En las provincias, los gobernadores civiles estaban encargados de recoger las delaciones y enviarlas a González Bravo. Pero el de Zaragoza disfrutaba de tan poca memoria, que tenía apuntada en una lista las personas que le facilitaban «noticias útiles», y aquella poca memoria también fué la causa de que dejara olvidada la lista al salir del Gobierno civil cuando se sublevó la población.

Invadió el pueblo el edificio, encontrando aquella lista, y a los pocos minutos morían asesinados, delante de sus familias, un señor Becós, otro llamado Cano, y hubieran muerto más, a no haber huido apresuradamente los demás comprendidos en la funesta relación.

«El Imparcial» censuraba el hecho, condenándolo severa-

mente, pero compadeciendo poco a las víctimas, ya que, de todas las miserias humanas, la difamación, el enredo y los chismes son las más cobardes y despreciables.

«Quizá fué la de estos desgraciados la única sangre que vertió la revolución.»

Se equivoca el exhumador inteligente de lo escrito en el mismo «Imparcial» hace sesenta años. Hubo otra víctima, y en Madrid: el «Estanquero». Se conocía por este remoquete a un policía o guindilla que en la plaza de Antón Martín poseía un estanco. Dice la fama que era malo. Mala fué la muerte que le dieron. Cogieron en las Cuatro Calles, le fundieron a golpes, le derribaron en tierra y, ya caído, le colocaron una cuerda a modo de dogal al cuello y arrastrando le llevaron por las calles del Príncipe, Huertas, Plaza de Matute, Atocha y plaza de Antón Martín, a donde llegó el infeliz, si no muerto, agonizante.

Un miliciano del piquete situado en San Juan de Dios le dió el tiro de gracia mientras los compañeros dispersaban a la canalla cruel y sanguinaria.

Pocas tropelías cometió el pueblo en los días que siguieron al 26 de septiembre; tal vez nada más que lo de Zaragoza y esta del «Estanquero».

Muchísimo más sangrienta fué la alborada de la guerra de la Independencia y no es ni comparable con la ecuanimidad, cordura, bondad y humanitarismo de las masas revolucionarias la conducta del rey Fernando VII, los generales Eguía y Elio, el obispo Sáez, el monstruo Marañón (a) «El Trapense», el cura Merino, el coronel Chaparon, los voluntarios realistas y los clérigos y seglares que formaron la Junta de la Fe, los feotas, los años de 1814 y 24.

¿Y el martirio del gran guerrillero Juan Martín, El Empecinado? ¿Y el suplicio del maestro Cayetano Ripoll? ¿Y después, en los últimos años de Fernando VII, los fusilamientos de Miyar y Torrijos y la ejecución de Mariana Pineda?

Personificación siniestra de los traidores y delatores, es el general González Moreno, el verdugo de Málaga, a quien Fernando ascendió y condecoró y al que los carlistas, de cuyos ejércitos fué general, dieron muerte espantosa, muy digna de aquel execrable monstruo de perfidia.

Vengaron los carlistas el fusilamiento de Torrijos y compañeros mártires.

ROBERTO CASTROVIDO.

El Orden es la Vida

Por MARIO ROSO DE LUNA.

Por encima de la realidad visible, del ignorado mundo de la fantasía y de la mente, trascendiendo al sentimiento mismo, brilla el espíritu de orden, como suprema expresión de lo divino.

La desafinación es caos, la armonía es concierto y orden.

No me habléis de lógica: es cosa, acaso, rancia.

No declameis sobre Moral: es harto obscuro asunto. Cantadme, sí, con notas de Beethoven o de Wagner, la universal ley que todo lo regula.

Lo que solemos considerar como Moral, es cosa ínfima, porque ínfimo es cuanto se quiere hacer exclusivo patrimonio del hombre, sin extenderlo al Universo. Lo que calificamos de Orden, es inmensamente mayor. Encauza y dirige a la Naturaleza toda.

Los astros, los átomos, el éter, la planta, el animal, el Cosmos, no son ni morales ni inmorales; son, simplemente, fruto y testimonio del Orden en la Creación. Con genuina nitidez lo reflejan. Eso que para el hombre, ¡para el hombre solo!, llama moral el vulgo, no es bueno por moral, es bueno porque ordena y encamina hacia sublimes o transcendentales objetivos. Es bueno, porque afina con la ley natural reguladora. El Orden lo es todo; la Moral es de él sólo una parte muy pequeña.

La moderna matemática ha sacado del espíritu de orden sus lucubraciones más brillantes. Las coordinaciones, permutaciones y combinaciones, han sido el prólogo del binomio de Newton, luego de las fórmulas de Taylor y Machaurin, y, en fin, de la teoría de las variables y derivadas, que adquirieron vida real en las aplicaciones de la Mecánica, con sus infinitamente pequeños diferenciales, clave muy probablemente de la vida.

El orden nos ha traído esa Geometría por partida doble basada en los conjugados armónicos, en los que el punto, la recta y el plano se conjugan, a su vez, en una mentalísima biología.

El orden en la experimentación no ha proporcionado prodigios en la Física y revelaciones estupendas en la Química. Mendeleeff puso en orden los pesos atómicos de los cuerpos y halló a estos últimos clasificados por sí propios en típicas familias. El espíritu de la serie matemática ha traído las series de la química biológica gobernadas por todo orden por los compuestos fundamentales, hidrocarburos, alcohol, aldehído, ácido, cetna, etc., series concatenadas unas con otras, cual en el mundo se suceden las horas y los días en serie indefinida.

¿Qué es nuestra vida? Una serie de series. Una cadena de cadenas, en que la noche psíquica turna con el día, con ese raudo girar de cuanto evoluciona y ese oscilar continuo entre la acción y la reacción, que en nuestro paupérrimo cretinismo llamamos placeres y amargura, neantismo e ilusión, muerte y vida.

¿Con qué exquisito orden no se operarán en geología las substituciones determinantes de las llamadas formas pseudomórficas, cuando la pirita, por ejemplo, llega a suplantar a más de veinte minerales diversos, respetando las más nimias apariencias de su forma, color y textural?

Nadie ha explicado aun satisfactoriamente este fenómeno misterioso en que la esencia cambia sin que los accidentes se modifiquen.

¿Con qué orden tan excelso se operan también todos los crecimientos, los cambios más esenciales en la naturaleza?

Dejad que un líquido turbio se serene y veréis que fina separación se establece entre las substancias disueltas por el orden de sus densidades respectivas.

Depositad en tierra adecuada una semilla y ella, lentamente, evolucionará, desarrollando sus órganos esenciales en un orden perfecto que atiende a la conservación de la planta primero y a su reproducción después.

Por extrañas coincidencias en el lenguaje, que pocos o ningún sabio se explican, le denominan *órdenes* a todas las concretas impulsiones de la voluntad, cual si esta facultad, superior a todas, por creadora o destructora, en las más altas realidades del Cosmos fuese su alimento.

La idea del desorden es algo equivalente siempre: las de perturbación, fealdad, repugnancia, miseria, tristeza, atonía, afeminación, maldad, caos, muerte, destrucción y ruina. La universal patología de todo lo morboso, en sus infinitas graduaciones, nada abarca que del Orden no sea transgresión. Las ideas de realidad o quimera, verdad o mentira, belleza o deformidad, bien y mal, por el orden o por el desorden definitivamente se caracterizan.

Por eso la Moral misma debiera estudiarse cual un capítulo del Orden Universal. Aunque la idea nos parezca baladí, y aunque repugne a nuestros tradicionales prejuicios, es lo cierto que empuñamos a la Moral como regla de conducta, no pocas veces, haciéndola depender, no del Orden y la armonía, sino de la rutina que entraña etimología de la palabra *mos moris*, lo sabido, lo trillado, lo vulgar, *lo que se lleva o que se usa*.

Nadie habrá que cometa la ligereza de creer que pedimos el absurdo de que desaparezca la Moral, ni de que nos metemos en *ese feo asunto* de si la cristiana o la de Holbach o la de Buddha o cualquiera otra es la única verdadera. Tal vez hablamos de leyes *inflexibles*, por hablar de leyes incomprendidas.

La ciencia debe respetarlo todo, pero ser esencialmente crítica, sin sectarismo ni prejuicios.

Instantáneas

NO HA CAÍDO TODO LO
DICHADO EN PEDREGALES.

Nuestros lectores recordarán que en el número 22 publicamos una editorial titulada: «Una Iglesia Protestante Incendiada». En dicho trabajo, se formulaban duros cargos contra los directores de la obra protestante en España, por no obrar a la altura de las circunstancias. Cuando ya creíamos que lo dicho en tal artículo había caído en saco roto, así como lo demás dicho por nosotros, con referencia al aspecto social del Evangelio, vemos, no sin alguna sorpresa, que «El Heraldo», de Figueras, en su último número reproduce íntegro tal trabajo, lo que nos mueve a creer, con alegría inmensa, que no toda nuestra labor ha sido estéril.

Después de todo, nosotros no teníamos motivos para dudar de la consecuencia de «El Heraldo», puesto que, acreditándose de ser el único periódico protestante liberal de España, dió cabida en sus columnas, con la mayor magnanimidad, a un considerable número de trabajos sobre Cristianismo Social, salvador tema que repudia estúpida e inquisitorialmente toda la demás prensa protestante española.

La inmensa mayoría de los directores de obras evangélicas españolas, están cortados de la madera de Ignacio de Loyola, de Calvino y de Enrique VIII. La intolerancia y fanatismo son su divisa y distintivo. Un corazón abierto a los aires renovadores de la Filosofía de Jesús, tiene que alejarse de ellos con asco e indignación. El que no huele a anacrónica mugre, huele a asfixiante hipocresía, y la soberbia y el orgullo no son sus menores defectos. He ahí explicado el por qué, a pesar del raudal de oro extranjero entrado en España, destinado a la propaganda evangélica, el fruto recogido resulte una estupenda ridiculez.

Los directores de la obra evangélica en España están mediatizados por la reacción extranjera, que los paga, y a la reacción extranjera están sometidos, y no a los preceptos predicados por Jesús, que son Igualdad, Libertad y Fraternidad. Y a lo dicho nos atenemos, mientras, con hechos, no se nos demuestre lo contrario.

El mundo ha llegado ya a su mayor edad, el Progreso avanza aceleradamente y una vez más decimos, y estamos dispuestos a probarlo, que no es la Filosofía de Jesús la que ha fracasado, sino los que la han mangoneado y mangonean. Y si algún día la Paz tiene que imperar en el mundo, lo hará influenciada por las enseñanzas de Jesús, aunque deje de pronunciarse tan excelso nombre, para llegar a su logro y consecución.

Por afirmar tales herejías, hemos sido excomulgados por los santones protestantes; pero nosotros nos reímos de sus excomuniones y seguimos adelante.

SÍSIFO.

SOLILUQUIO DE UN BORRACHO

Es necesario que cambie esta vida tan repugnante y desastrosa que llevo desde hace algún tiempo. No hago más que jugar a la brisca y emborracharme, gastando inútilmente el jornal que gano para el sustento de mi virtuosa esposa y mis queridos hijos; estoy engañando a mi buena mujer y a mis amados hijos con promesas que no soy capaz de cumplir, y esto, sea como sea, no puede continuar así.

La verdad es, y lo digo con

sinceridad, que empieza a molestarme la vida de borracho. Tengo ya cuarenta y ocho años de edad, y si no me corrijo ahora perdiendo este vicio maldito y aprovechando el tiempo en ayudar a mis compañeros de trabajo a desprenderse de las cadenas de la esclavitud que tanto oprimen y amoratan nuestros endémicos cuerpos, nunca llegaré a ser hombre útil a la *emancipación humana*.

Además, vengo observando hace tiempo que mis bondado-

sos compañeros, mi cariñosa mujer y mis queridos hijos están disgustados conmigo. Ya no me miran ni me tratan como antes; pareceme que van odiándome y perdiéndome el afecto que me profesaban. Y tienen muchísima razón para proceder de esta manera, porque yo me estoy portando como un... ¿Por qué no decirlo? Como un ladrón con todos ellos.

Pero, desde hoy, juro por lo que más quiero que, cueste lo que cueste, me quitaré de este perverso vicio, que abotarga mi inteligencia y lleva la decadencia, el hambre y la miseria a toda mi familia.

Recuerdo con anhelo que nunca fui más feliz y dichoso, ni nunca más entretenido estuve como hace cosa de diez años, cuando me había dedicado por completo al estudio de la Historia Universal. ¡Con qué rapidez se me pasaban los meses, las semanas, los días y las horas! ¡Qué cariñosos, complacientes y condescendientes se mostraban conmigo en aquel tiempo mis compañeros de trabajo, mi mujer y mis hijos!

Estoy convencido hasta la evidencia que el vicio halaga al principio, trastornando las facultades mentales, pero luego repugna y fastidia. Tiene razón mi mujer, cuando dice que el juego y el alcohol "pueblan los presidios y manicomios".

Desde hoy seguiré nuevo régimen de vida: el recreo y la instrucción.

El arte de vivir sin vicios, que atrofia el cerebro y convierten al hombre en un bruto, se aprende, como las demás artes, por medio de la propia y ajena experiencia.

¡Ay de nosotros, ay de la humanidad, el día que el alcohol llegara a envolvernos en su fétido aliento! Aquel día nos habríamos igualado y confundido con las bestias y no habría medio posible de distinguirnos de ellas.

Desde mañana, diré a todos mis compañeros lo siguiente:

«Sabéis, obreros, lo que liba un borracho, que casi no puede sostener el vaso entre sus manos, que tiemblan, debido al excesivo abuso del alcohol que ingiere todos los días? Pues liba las lágrimas, la vida y la sangre de su querida esposa y de sus amados hijos.»

El alcoholismo destruye la salud, convirtiendo al hombre en idiota y criminal. Es un verdadero veneno que destruye lentamente la vida, al hombre.

El borracho, a la vez que ofende y rebaja su dignidad y la de su familia, ultraja a la Naturaleza, puesto, que, en vez de contribuir y ayudar a la ley universal del perfeccionamiento, la destruye, poniéndose al nivel de las bestias y produciendo hijos degenerados y epilépticos.

Obreros: aprended desde ahora a aborrecer, a detestar y a abandonar ese repulsivo y odioso vicio que enerva y destruye nuestro cuerpo, degradando la inteligencia y engendrando hijos raquíticos.

A vosotros, queridos obreros, que frecuentáis las tabernas, os dedico estas líneas, con el firme propósito de ayudar y contribuir a vuestra dicha y felicidad.

JUAN ROTEMÓN.

*Si al decorar tus salones,
Fania, a Mercurio prefieres,
tienes, a fe, mil razones,
que es dios de los mercaderes
y también de los ladrones.*

L. F. DE MORATÍN.

Plumas Maestras

LO QUE DICEN LAS MÁQUINAS.

Cruje hecho ascuas el carbón en el horno; hierve bulliciosa el agua en la caldera; oprime el vapor el émbolo; el émbolo empuja la biela; la biela mueve el eje; el eje hace girar el poderoso volante, y mientras rugen las máquinas como fatigado monstruo, la correa sin fin pone en movimiento otros ejes y otras ruedas, otras correas y otras máquinas. La industria marcha, la producción aumenta, el obrero labora.

¡Qué hermoso poder el de la humana inteligencia!

A su conjunto, se multiplica el movimiento y surgen el calor y la luz.

Pero, ¡ay!, aun puede la máquina decir al obrero:

—No te enorgullecas. En nada te diferencias de mí. Instrumento de trabajo como yo, tu estómago, como mi horno el carbón indispensable, no recibe sino el alimento estrictamente suficiente para que sigas desempeñando tu función mecánica. Soy un instrumento más apreciado que tú, porque tú abundas más y cuestas menos. Cuando me gasto, me tiran; cuando te gastas, te abandonan. Es lo mismo; no lo mismo, peor, porque tu única ventaja, tu inteligencia, se convierte entonces en daño tuyo. La conciencia de tu pasado valer será tu tormento. Tú, como yo, produces; produces, como yo, para los otros, no para tí. Labramos juntos fortunas que te pertenecen, y que jamás disfrutas. Obrero: apodérate de mí; arráncame de los brazos del viejo capital; tu desposorio conmigo es tu salvación única. Deja de ser instrumento para que el instrumento te pertenezca. Te quiero amo, no compañero. El capital me explota, sólo tú me fecundas. Sólo a tí quiero pertenecer.

F. PÍ Y ARSUAGA.

Los Cerdos

Cuando Jesús echó los espíritus inmundos del cuerpo endemoniado al de los cerdos, y éstos precipitáronse al mar en número como de dos mil, según lo consigna el capítulo V de Marcos, el propietario de las pjaras compareció para reclamar:

—Ese ganado, dijo, constituía toda mi fortuna. Ahora estoy arruinado sin remedio.

—Si hubieses visto a aquel poseído que moraba en los cementerios, aullando de noche a la soledad como un perro vagabundo y destrozándose de día, con el furor, entre los pedernales y las zarzas, no lamentarías tus puercos.

—Tengo, Señor, majer e hijos. Dos mil cerdos no son cosa fácil de juntar con el trabajo. Cuesta una vida.

Jesús replicó:

—¿Si estuvieras enfermo sin remedio y los dos mil puercos fueran el precio de tu salud, vacilarías tú y vacilarían tu mujer y tus hijos en darlos todos para que te recobraras?

—No, sin duda, Señor. Pero los puercos eran míos, que no ajenos.

—Aquel hombre estaba enfermo sin remedio, y tú mismo acabas de fijar el precio de su salud. Si amaras al prójimo como a tí mismo, ya no sabrías distinguir entre lo mío y lo tuyo. ¿Quién osaría sostener, sin maldad, que la salud o la dicha de un hombre valen menos que dos mil puercos?

Entonces los jueces y los príncipes de las sinagogas comprendieron que había llegado el momento de procesar a Jesús, pues aquella doctrina sobre la propiedad fomentaba la anarquía.

LEOPOLDO LUGONES.

Lucha y Miseria

La mendicidad callejera es, según todos los tratadistas antiguos y modernos, una lacra social, escoria del humano producto y degradación íntima del ser racional. Cabe argüir que la escoria no se produce a sí misma, sino que es el resultado de un fenómeno en el que intervienen múltiples acciones encadenadas.

El mendigo, por lo tanto, es el cuerpo residual de ese fenómeno tan complejo; la parte inaprovechable y arrojada condenada al arroyo. Pero antes fué algo; intervino con los restantes elementos en la acción común, unas veces en presencia, en potencia otras; hasta

que, al cabo, su voluntad, menos firme o menos solicitada, sucumbió en la lucha. El parásito, el resignado con esa suerte adversa, advino después; la contaminación—pues que existe el morbo social—creó a los ex-hombres, y ahí están en medio de la calle, clavándonos en el corazón nuestras propias culpas.

La miseria tiene otros numerosos escalones, y, para no llegar a este último, lucha y se aferra, dentro de una vida azarosa de vaivén, de flujo y reflujo, una gran parte de la Humanidad.

Escojamos, para ejemplo,—nunca bastante repetido—una

de tantas familias. El cabeza, el jefe, ha llegado al fin de su jornada periódica y ha recogido sus ganancias. Le espera el panadero, el tendero, el casero, el médico y la botica: acreedores todos. Después de pagar, se encuentra con las manos vacías; ante sí tiene un nuevo período de inactividad en que tiene que vivir nuevamente de prestado y luego vuelta a empezar y a lo mismo. La buena vida es para

otros; él siempre será un forzado; lo fueron sus padres, lo serán sus hijos y su pan ha sido el pan amargo, el pan bíblico amasado de sudor y de lágrimas.

Y alguna vez no será; porque esta Humanidad miserable ha de fundirse en un crisol inmenso, cuyo fuego lo están alimentando nuestras propias pasiones.

DEMOTICO.

La Canción de la Camisa

Con los ojos hinchados de fatiga, una pobre mujer, llena de harapos, con sus débiles dedos doloridos mueve el hilo y la aguja sin descanso.

—¡Cose con hambre, en la miseria cose; cose en medio del fango, y canta sin cesar con voz llorosa de la camisa el canto!
¡Cose, mientras se escucha ya a lo lejos el saludo del gallo!
¡Cose, sigue cosiendo, mientras brillan en la noche los astros!
¡Encórvate al coser, aunque padezca tu pecho delicado!
¡Cose, cose, que el vértigo se adueñe de tu cerebro al cabo!
¡Sigue cosiendo, hasta que al fin se nublen tus ojos irritados!
¡Cose el cuello, los puños, los ojales; no des tregua al trabajo; aunque te duermas, pega los botones; cóselos, aun soñando!
Amantes hijos o fieles esposos; cariñosos hermanos:
¡lo que gastáis no es lienzo; es la existencia de un pobre ser humano!
¡Cose con hambre, en la miseria cose; cose en medio del fango, cosiendo con el hilo una camisa y a la vez un sudario!
¿Por qué nombro a la muerte, ese fantasma de huesos descarnados?
Apenas me amedrenta su figura: ¡se me parece tanto!
Se parece a mi cuerpo miserable, por los ayunos flaco.
¡Oh, Dios mío!, decidme: ¿por qué causa el pan cuesta tan caro, si la carne y la sangre son vendidas a precio tan barato?
Mi labor es eterna. ¡Cose, cose!
¿Cuál será mi salario?
Duro montón de paja, una corteza de pan y unos andrajos; húmedo piso, cuarteado techo, una mesa y un banco; paredes tan desnudas, que agradecen de mi sombra el halago.
¡Dejadme descansar por una hora; un instante demando, no para disfrutar de la esperanza ni del amor las goces sacrosantos!
¡Sólo quiero entregarme a mis dolores!
Mi corazón se alivia con el llanto; pero debo las lágrimas que afluyen retener en mis párpados, ¡que al dejarlas caer retardarían el vaivén incesante de mi mano!—

Con los ojos hinchados de fatiga, una pobre mujer, llena de harapos, con sus débiles dedos doloridos mueve el hilo y la aguja sin descanso. Cose con hambre, en la miseria cose; cose en medio del fango; ¡cosiendo con el hilo una camisa, y a la vez un sudario!

TOMÁS HOOD.

Si V. es hombre de elevados sentimientos, esta publicación ha de interesarle y ha de contribuir a su divulgación.

Usted tiene que buscar en su localidad quién se encargue de la venta de LA LUCHA.

Nos faltan paqueteros que se encarguen de la venta de este periódico, a quienes mandaremos números de propaganda gratis para ayudarles a buscar compradores fijos. Esta prueba se puede hacer sin compromiso.

Hágase V. paquetero de LA LUCHA, o búsqúenos una persona de confianza que quiera aceptar este cargo, y prestará un señalado favor a la causa de la cultura y regeneración del Pueblo.

LA GUERRA

Seguramente, la guerra es, tué siempre, toda la vida, un modo de la barbarie... Pero no lo que tenemos de ayer y de hoy en la sangre protestan de ella. Protesta lo de mañana; lo de pasado mañana. Es el ideal que protesta; este limpio y blanco Apolo que vive sobre nosotros, arriba, al frente, adelante.

Somos estatuas prendidas por las espaldas al bloque de obscuridad del pasado. Las ideas, los pensamientos, nos esculpen, nos perfilan, nos van sacando a la luz en el tiempo y el espacio. El universo moral es como un campo infinito que se desdobra al arado. Como una preñez de siglos pariendo granos.

En cambio, guerrear es volverse atrás, a la sombra, en cuatro patas. ¿Imagináis el fracaso, la pérdida, la derrota de quien, después de pelearse con su piedra largos años buscando la línea viva, el trazo recio que le humanice como una carne su estatua, se la encuentra una mañana fundida a la masa bruta, en la obscuridad, de espaldas?...

La guerra es más, mucho más. Es darse vuelta en la vida en el bloque de la vida, dejando en el sitio en que antes estuvo la talladura del pecho, la visión hueca del anca...

Y, sin embargo, no lo que tenemos de ayer y de hoy en la carne, protestan de su barbarie. Protesta lo de mañana, lo de pasado mañana. Es el ideal que protesta; este limpio y blanco Apolo que vive sobre nosotros, arriba, al frente, adelante...

El Ideal... Pero el Ideal es un arma también. Tira más lejos que un máuser. Digo; cuando quien lo nutre quiere que arraique en la tierra como una planta, que circule entre los hombres como una savia. De otro modo, los ideales son pistolas que tiran por las culatas...

Y si el Ideal es un arma, entonces no hay más remedio que entrar en la vida diaria como en campaña. La paz es para mañana; para pasado mañana...

PACHECO.

Cómo se hizo un gran Tenor

Julián Gayarre, el rey de los tenores, comenzó la carrera del teatro siendo corista en la Zarzuela de Madrid.

Ganaba diez reales, estaba en una casa de huéspedes de dos pesetas, comía poco y mal y pasaba la pena negra.

El director ordenó que los coristas se quitaran el bigote para tomar parte en no se qué obra; Gayarre se negó a ello y fué despedido.

Al verse en el arroyo, presintió la pronta y segura aparición del fatídico fantasma del hambre y se arrepintió de su rebeldía.

En tal tribulación acudió a su memoria el nombre de un músico eminente, paisano suyo, y a él se presentó; dió su nombre y el de su padre, contó lo que le

había ocurrido e impetró su mediación para volver al teatro de la Zarzuela, aun sacrificando el querido bigote, causa de su expulsión.

D. Hilarión Eslava, que era el músico eminente a quien el pobre corista recurriera, le preguntó:

—¿Y tú qué eres?

—Tenor.

—Voy a probarte la voz.

Sentóse el músico al piano y cantó Gayarre.

Eslava reflexionó un momento; abrió un cajón de su mesa, sacó de él una cantidad y, entregándosela al atribulado joven, le dijo:

—Toma; busca una casa de huéspedes de tres pesetas y paga una quincena adelantada.

—Y... ¿qué tengo que hacer?

—Venir a verme todos los días.

—¿Nada más?

—Nada más.

Gayarre estaba encantado y confuso, más confuso que encantado; no acertaba a explicarse lo que ocurría; aquello parecía un cuento de *Las mil y una noches*.

Todos los días, no una vez, sino dos, después de almorzar y de comer, iba a ver a su generoso protector, que le recibía afectuosamente, le daba unas palmaditas en el hombro y le decía: «Hasta luego», o «hasta mañana».

—¿En qué parará esto?—pensaba Gayarre, acariciando las guías de su bigote, causa primera de su desgracia y después de su inexplicable fortuna.

Ello paró al cabo de doce o catorce días; Don Hilarión le dijo una tarde:

—Oye, muchacho: pasado mañana sales para Italia. Irás a Milán a estudiar el canto; al llegar a dicha población, en la misestación encontrarás quien te lleve a tu alojamiento y te ponga en contacto con el maestro que ha de enseñarte.

Toma, para los primeros gastos—agregó entregándole una cantidad,—y mensualmente recibirás lo necesario para el pupillage, pagar el maestro y atender a tus gastos extraordinarios. Aplícate, aprovecha el tiempo, y Dios y tus condiciones hagan de tí el artista que yo deseo. Es cuanto puedo hacer por tí.

Julián Gayarre, conmovido y agradecido, partió a Italia, estudió con fe y con ahinco, y más tarde fué el artista asombroso, sin rival, que todos hemos aplaudido y admirado, el tenor que al partir de este breve mundo, en pleno éxito y en el apogeo de sus facultades y de gloria, dejó imborrable recuerdo en la esfera luminosa del divino arte musical...

Don Hilarión Eslava, el inmortal compositor, presintió, adivinó, descubrió a Gayarre. Tan pronto como le oyó, escribió al presidente de la Diputación provincial de Pamplona, pidiendo una pensión para el que muy pronto había de ser, a su juicio, una gloria nacional. La pensión fué concedida en el acto. Tal era la autoridad del que la pedía.

La realidad dijo después si fué firme y certero el juicio de don Hilarión Eslava.

En Don Hilarión Eslava el corazón valía aún más que el cerebro, con ser éste, como fué, de tan subido mérito y de valor tan inapreciable.

A no ser por su clarividencia, por su inspirada iniciativa, por su generoso arranque, acaso se hubiera perdido en el vacío la brillante gloria del joven que tan bizarramente defendió su bigote.

La Ciudad del Buen Acuerdo

¿Cómo unir a los que no desean más que amarse? ¿Cómo juntar las simpatías en una felicidad de afecto recíproco? Al primer golpe de vista, el problema parece de solución imposible en este mundo convencional donde reinan las fórmulas, donde todo se mide por una educación hipócrita, donde todo miente, la mirada, el gesto, la sonrisa. Pero no; la obra puede cumplirse, gracias a esos hombres generosos que reúnen en una misma empresa los amigos conocidos y desconocidos. Si la amistad engendra la comunidad de esfuerzos exteriores, del mismo modo, por una reacción natural, por un trabajo común emprendido apasionadamente, se revela o se suscita la amistad entre los compañeros de trabajo. Las tentativas de los buenos que excitan todas las iniciativas, todas las energías para trabajar en el bien público son, pues, doblemente buenas, tanto por el objeto directo realizado, cuanto por la agrupación de amigos, que de otro modo no se hubieran unido jamás: una conciencia colectiva les anima; viven de la misma vida y la asocian libremente al empleo de sus individualidades diversas.

Muchas de esas obras colectivas, triunfo de los hombres de corazón sobre el egoísmo primitivo, nacen bajo múltiples formas; la solidaridad humana hace surgir por todas partes asociaciones en que las iniciativas tienen libre desenvolvimiento, donde los amigos desconocidos tienen la alegría de encontrarse mutuamente. ¿Cuál de esas empresas tendrá más importancia histórica en la evolución de la humanidad? Todas son buenas, toda vez que su impulso moral es perfecto; pero la mejor es indudablemente la que abraza mayor número de intereses humanos y les da más amplia satisfacción: tal es la *Ciudad del Buen Acuerdo*.

Mi mente la contempla, teniendo sobre la *Ciudad de Dios, la Ciudad del Sol* y tantas otras ciudades ya soñadas, la ventaja capital de no ser una pura concepción imaginativa, sino que se desarrolla de una manera orgánica, que vive una vida concreta, utilizando, para renovarlas, las células envejecidas de organismos anteriores ya disueltos. La veo con sus torres y sus miradores exten-

diendo graciosamente sus jardines y sus miradas sobre la gran colina donde vivieron los héroes míticos; abajo, en la llanura, se agrupan las moradas de las generaciones que pasan, preparando con su trabajo y adquiriendo con sus sufrimientos la promesa infalible de un porvenir mejor. En lontananza, se prolongan las alturas herbosas pobladas de floridos arbustos; rocas lejanas del límite del horizonte que surgen del mar, y parece oírse el rumor de las olas que en el infinito de los tiempos pasados aportaron a nuestros ascendientes.

La *Ciudad del Buen Acuerdo* domina ese inmenso espacio, todo ese mundo de poesía y de historia, y con la vista mental la veo resumiendo el sentido íntimo de ese pasado que comprende nuestro presente, abriéndose como una flor maravillosa cuya savia desfilase en el suelo infinitas generaciones humanas. El poeta no habla de la «Ciudad Maldita», ante cuyo umbral el desgraciado pierde toda esperanza. Aquí entramos con alegría, poseídos de noble alegría, con la firme resolución de cumplir grandes cosas. Aquí todos tendrán pan, el pan que fuera suele conquistarse con inmensas dificultades y vergonzosas humillaciones; todos tendrán la salud que dan el aire puro y el agua abundante traída a raudales de cristalinas fuentes, y disfrutarán de un alimento sencillo regulado por el trabajo. Es esa ciudad todo un microcosmo, resumen y al mismo tiempo esperanza del género humano, que funcionará sin esfuerzo, ocupándose en las múltiples tareas necesarias a la vida, tareas siempre agradables, puesto que serán acogidas libremente. Los artistas decorarán con frescos y esculturas los palacios familiares; la instrucción será mutua en los laboratorios, museos y jardines; las doncellas nos cantarán coros de sublimes melodías; los niños rodearán en sus alegres corros a los dichosos ancianos; nada turbará en lo más mínimo el gran acuerdo, la augusta conformidad.

¡Salud y alegría a todos los amigos desconocidos que he encontrado en la ciudad nueva! ¡Salud y alegría a todos los que han de sucederse en ella por los siglos venideros!

ELÍSEO RECLUS.

UN EXPERIMENTO

(Fantasía).

El profesor Koenig, de pie ante la mesa de operaciones, miraba con ojos vagos el cadáver rígido y frío que yacía sobre el mármol blanco, como una estatua rara y perfecta de mujer. Parecía como si la muerte hubiera soplado sobre aquella dulce flor femenina, bañándola con su hálito frío sin arrancar uno solo de sus encantos. La cabeza de la joven, toda bella y expresiva, se había inclinado sobre uno de los hombros y en la boca quedaba el gesto de una sonrisa que se apaga poco a poco. Tenía los párpados casi completamente bajos sobre las pupilas oscuras y las pestañas echaban sombras densas en las ojeras profundas. El cuerpo, aun cuando estaba sin palpitaciones desde hacía mucho tiempo, conservaba una secreta expresión de vida en la misma rigidez de su sueño.

Porque estaba muerta, y bien muerta. El doctor Koenig, había recogido aquel cadáver hacía dos meses, en un hospital en Munich, cedido por uno de sus antiguos compañeros de estudio que pensaba llevarlo a su casa para hacer un trabajo de disección.

¿Quién sabe, dijo, siguiendo el curso de su pensamiento, si vale la pena «hacer» vida? ¿Quién sabe si esa mujer querría vivir, si pudiera elegir entre volver al «ser» fenecido hace algún tiempo, o si preferiría seguir la ruta infinita de la transformación de la materia?

En realidad, tengo yo derecho para vivificar este cadáver y cargar de nuevo este cuerpo con las miserias de su conciencia atávica?

¿No es una cosa terrible pensar en la pequeñez de las mentes y de los corazones humanos, incapaces de comprender la grandeza de la vida? .

Se alejó unos cuantos pasos y frente al horno encendido, donde en un crisol hervía un líquido sonrosado, se paró de nuevo y volvió a quedarse reflexionando.

Toda Alemania estaba llena de la fama del sabio profesor Koenig. Se ignoraba aún hasta qué punto era maravilloso el invento de que se hablaba en todos los círculos científicos con una admiración creciente, pues los ensayos presenciados por los más notables profesores, habían llenádoslos de asombro, y se esperaba, con verdadero interés, el momento en que los efectos de la «vitalina», fuesen ampliamente conocidos.

Un compuesto de ácido clorhídrico, selenium y otras sustancias, que sólo Koenig conocía, habían creado la vida dentro de una redoma. En un principio, el sabio consiguió desleír pedazos de marfil hasta separar por completo cada célula. En progresivos ensayos de descomposición, había llegado a encontrar la reanimación de la vida, que no se pierde nunca, ni aun a través de sus formas menos palpitantes.

En el laboratorio, encerrado en multitud de redomas, estaba el producto de la gran obra que había ocupado los días todos del sabio. Desde la primera célula fabricada imperfectamente, se veía luego el trabajo paciente que había logrado hacer gérmenes vegetales y animales, tan perfectos como para no necesitar más que el ligero impulso que la voluntad del sabio podría imprimirles para desarrollarse plenamente.

La «vitalina» había hecho esas maravillas, y Koenig podía considerarse casi un Dios, puesto que podía crear a voluntad plantas y animales.

Y allí estaba dispuesto a probar una, vez más, el poder de esa fuerza grande y fecunda, que la naturaleza había puesto en su mano por uno de esos raros fenómenos, que la casualidad que abre la puerta de los misterios más hondos, ante los ojos de los que viven intentando leer en las páginas infinitas de la «naturaleza».

Alejando las ideas que lo detentaban, Koenig echó una ojeada en derredor, y, como impulsado por el ansia inextinguible que lo animaba, que lo había animado durante toda su vida de estudio, febrilmente empezó a disponer las cosas para hacer el último experimento en que debía quedar probado el poder de la «vitalina». Retiró el líquido del crisol y arrimó la mesita portátil donde había una cantidad de instrumentos; púsole muy cerca del fuego, bajo el mismo foco eléctrico que iluminaba vivamente ese pedazo del laboratorio y allí dispuso convenientemente cuanto iba a necesitar. Esto parecía muy sencillo. La «vitalina», un líquido transparente de un color sonrosado bellísimo, fué vertido en una especie de caja cilíndrica acerada a la cual ajustó dos tubos de goma que se atornillaban en los lados opuestos. Uno de los tubos fué aplicado a un aparato semejante a un ventilador que se movía por medio de una corriente eléctrica y el otro, terminaba en una aguja de las

que se emplean para dar inyecciones.

Terminada esta operación, la caja acerada fué suspendida sobre un pequeño trípode y poniendo debajo un platillo metálico, abrió la pequeña válvula practicada en uno de los tubos y que se veía apenas. Se escapó de allí un gas que esparcía un perfume de tierra húmeda y al caer sobre el platillo donde el profesor vertió unas gotas de «vitalina» produjo una suave luz color de ópalo, que chispeó de repente con todos los colores del «iris».

Hecha esta operación, el sabio, con el otro tubo en la mano, se acercó al cadáver.

Una gota de «vitalina» inyectada había conservado aquella gracia de vida en un cuerpo muerto, y el profesor, como quien se hunde en una fantasía quimérica, enterró la aguja en uno de los muslos y esperó un instante con los ojos fijos en la cara de la joven muerta.

Nadie habría imaginado prodigio más grande. En un segundo, el cuerpo empezó a colorearse de un suave matiz de vida y corría una palpitación por todo él lentamente. Los miembros se aflojaban visiblemente y la elasticidad de la vida, todo el color de la vida, toda la hermosura de la vida, volvía y animaba y envolvía, como una onda armoniosa, el cuerpo que ya no estaba muerto ni conservaba rastro alguno de haber sobrellevado la obscura noche de la muerte.

Koenig estaba emocionado. Con su mano trémula palpó el corazón y comprobó que latía tumultuosamente; tomó el pulso y pudo contar las pulsaciones que aumentaban rápidamente hasta ser normales; entonces, ébrio con su propio gozo, arrancó la aguja y esperó ansioso otro momento más, mientras el tubo caía al suelo sin ruido.

La vida toda volvió: con un suspiro la joven dilató su pecho e hizo un ademán para incorporarse, en tanto que los párpados se alzaban sobre las pupilas radiantes.

El grito de júbilo de Koenig, fué apagado por un estampido formidable y el sabio cayó junto con su sombra en el abismo silencioso de la muerte, que había estallado sobre el mismo foco de la vida por él creada.

LEONOR ALLENDE.

Uno más

Los lectores de LA LUCHA que se han interesado por la fundación de una colectividad fraternal, en la que, por medios pacíficos y legales, pueda conseguirse ahora mismo lo que otros no podrán conseguir jamás, celebrarán el tener noticias de que la Colonia Cristiana Social, de Sabadell, de la que se habló tiempo atrás en estas columnas, está en vías de ponerse en marcha entre breves días. La forman, de momento, cuatro familias, entre los que se cuenta nuestro buen amigo de Asturias José M. Suárez, que, lleno de fe y entusiasmo y debidamente preparado, llegó recientemente de dicha región.

Probablemente, desde el próximo mes de Enero, La Colonia Cristiana Social, independiente de católicos y de protestantes, publicará su portavoz *Luz al Pueblo*, que será repartido entre los que se interesen por nuestra salvadora organización.